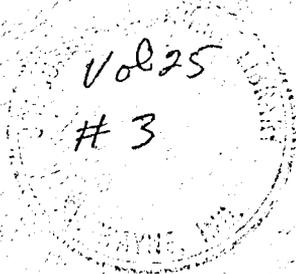


REVISTA TEOLOGICA



CONTENIDO DE ESTE NUMERO:

El Catecismo 74	1
Trabajo Misional Personal	11
Bosquejes para Sermones	41

TRABAJO MISIONAL PERSONAL

“Todos están bajo pecado”. Si así era el estado del mundo en el tiempo de los apóstoles, por cierto no ha cambiado hoy día. Al contrario. El pecado y el mal no se pueden mejorar. El pecado y el mal no es algo que todavía no ha evolucionado para bien, es justamente lo contrario de lo que es bueno. El pecado no confesado y no perdonado sólo puede empeorar. Las Sagradas Escrituras dicen: “Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte” (Stg. 1:15). Tal como el mal empeora en un hombre, así también sucede con los pueblos y universalmente con la humanidad. Consideremos la historia del pecado antes del diluvio: de Caín a Lamec, de los descendientes de Caín hasta aquel tiempo en que los hijos e hijas de Dios se daban en casamiento con los hijos de este mundo. Gradualmente fue empeorando el pecado. Primeramente el hombre se separó de Dios para vanagloriarse, se entregó al mundo. Todo esto terminó con el endurecimiento de su corazón, en el aplacamiento de la conciencia y en enemistad contra Dios. Sólo Noé y su familia quedaron fieles a Dios. Esa misma evolución del mal la vemos también después del diluvio, sea en los distintos pueblos y generaciones, en los Cananeos, simbólicamente en el sueño de Nabucodonosor, en los antiguos pueblos paganos, en la Roma imperial, en el renacimiento italiano, en la revolución francesa, y finalmente en los siglos 19 y 20, cuando el materialismo y el modernismo se apoderaron de todo el mundo. Esta evolución del mal alcanzará dimensiones desconocidas, hasta que definitivamente agote su infernal impiedad; después vendrá el castigo y el juicio de Dios, de una nueva y horrenda manera, sobre la raza humana.

¿Acaso tenemos que dudar de eso, de que el mundo en forma presurosa se acerca a su eterna perdición? Los acontecimientos actuales son una afirmación de que el mundo se encuentra en la peor crisis de su historia. El mundo siempre fue malo. Los hombres siempre se han enfrentado entre sí. Pero difícilmente alguna vez reinó una corrupción tan gene-

realizada del corazón humano como hoy, solamente, tal vez, antes del diluvio. Traición, egoísmo, mentira, tiranía, etc. se manifiestan con un nuevo disfraz. El mismo fundamento de la civilización actual y de la sociedad humana va cediendo. La incredulidad se va extendiendo, ¿y quién puede predecir si no terminará todo con una persecución de los cristianos a nivel mundial? La moral ha descendido a un grado muy bajo. En resumidas cuentas, desobedeciendo la ley de Dios, el hombre se transformó en ley para sí mismo.

Y en gran parte la misma iglesia es la causante de todo esto. Los así llamados "guías cristianos" despreciaron la manera de Dios de salvar y mejorar el mundo. Dejaron de predicar sobre el pecado, sobre la gracia de Dios en Cristo Jesús, y del Hijo de Dios han hecho sólo un "buen hombre". Han desechado todas las enseñanzas de la palabra de Dios y la han reemplazado por predicaciones políticas que adulan al hombre; se ha propuesto mejorar la situación política y social de los hombres. Como resultado de eso, miles han perdido la fe en Dios, han caído en la incredulidad y han quedado completamente envilecidos moral y espiritualmente.

La Santa Biblia tiene razón: "Todos están bajo pecado". Esta es su última oportunidad de arrepentirse y volverse de su mal camino y regresar a Dios su Creador. Pero el mundo por sí solo no puede mejorar. Está espiritualmente muerto y enemistado con Dios. Deben convertirlo mediante la Palabra de Dios aquellos que tienen la luz, esto es, el evangelio de Jesucristo. Ciertamente la iglesia de Cristo no puede permanecer indiferente, despreocupada e inactiva frente a estas tragedias de la vida humana. Nosotros como cristianos, somos responsables por nuestra generación, de la misma manera como lo fue Noé por la suya. Esta es nuestra última oportunidad de buscar las almas redimidas por Cristo. Dios nos puso en medio de esta generación mala, nos puso cara a cara con la sufriente y desfalleciente humanidad, para que cumplamos con Su mandato: "Id por todo el mundo, y predicad el evangelio a toda criatura". Cuanto más grande se va haciendo la necesidad, tanto más tiene que ir creciendo nuestro celo por buscar las almas perdidas. Debemos apu-

rarnos, "mientras es de día. Porque vendrá la noche, cuando ya nadie podrá trabajar". Tengo el deseo de que este humilde trabajo, con la ayuda del Espíritu de iDos, aun parcialmente servirá para un mejor entendimiento de nuestra obligación personal en cumplir el postrer mandato del Señor.

1) ¿Qué es la misión cristiana?

El vocablo "misión" tiene su raíz en el latín y significa "enviar". El misionero es entonces una persona que es enviada. Es un enviado de Cristo. Nuestro Señor y Salvador dijo a sus discípulos: "Como me envió el Padre, así también yo os envío".

En la iglesia católicorromana la palabra "misión" es usada en un sentido diferente. En la iglesia papal esta palabra señala particularmente el empeño de mejorar y perfeccionar la vida religiosa de sus fieles. En el pensamiento bíblico la "misión cristiana" es la obra de la Iglesia de Cristo, la cual lleva el evangelio a aquellos que todavía no lo tienen, ya sea que vivan en regiones cristianas o no. De acuerdo a esta expresión, a la "misión cristiana" podemos dividirla en interna o externa a pueblos paganos. Las principales expresiones de las Sagradas Escrituras sobre las cuales está fundada la misión cristiana son las siguientes: Génesis 22:18 "En tu siemiente serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste a mi voz". Is 49:6: "Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta la postrera de la tierra". Marcos 16:15: "Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura". (Y hay otras expresiones en Miq. 4:1-5; Mt. 24:14; 18-20; Lc. 24:46-47; Hch: 1:7; 26:15-18).

La misión cristiana se lleva a cabo con la oración, con el dinero, con la vida y la palabra. Tal como lo señala el encabezamiento, en este trabajo queremos limitarnos solamente a una parte de la misión cristiana, esto es, el anunciar, proclamar el evangelio de Cristo a las almas perdidas.

Queremos hacer resaltar el esfuerzo personal de traer pecadores al Salvador del mundo. Este aspecto del trabajo misional es el más importante y abarca también los demás. No basta con sólo apoyar la obra misional. Porque ese dinero por sí solo es algo muerto, y sin la obra personal de los cristianos en el campo misional no hará nada, no salvará ningún alma. Las oraciones solas tampoco bastan. La oración sólo es la fuerza que despierta a obreros cristianos consagrados y les da el coraje y la consagración y los fortalece en el desempeño de su trabajo misional. Por otra parte sería lamentable si personalmente el obrero de Cristo no ayudara a la misión de acuerdo a sus posibilidades, no orara por ella, y no demostrara con su vida personal que es seguidor de Cristo. Esto sería totalmente inconsecuente. Es evidente entonces, que el empeño personal de llevar gente al conocimiento salvador es lo más importante en el trabajo misional cristiano. Ello encierra en sí una vida ejemplar, oración, y ayuda económica.

Nuestro Señor Sesucristo ganó a la mayoría, si no a todos sus seguidores, con su esfuerzo personal, con su propio trabajo. A Mateo lo llamó cuando cobraba impuestos. A Pedro, a Jacob y a Juan los ganó con un llamamiento personal a que abandonen sus barcas y sus redes. Jesús los fue reuniendo de a uno. Aquí lo encontró a Nicodemo, allí a la mujer samaritana; aquí lo libró a Zaqueo de la codicia, allí a la mujer del adulterio. Así crecía la obra de Cristo. ¿Qué otra cosa nos enseñan los Hechos de los Santos Apóstoles, sino eso, que el Reino de Dios se ha extendido a través del trabajo personal de aquellos que amaban a su Señor? Es cierto, en el día de Pentecostés, por un sermón fueron convertidas más de tres mil almas. Pero este hecho está relatado solamente en algunos versículos. Esto era un prodigio y un milagro de la gracia de Dios. Los restantes (200.000) cristianos manifiestos (porque este era su número al final del primer siglo), fueron convertidos de a uno, de a dos, de a diez, por el esfuerzo personal de los misioneros de Cristo.

Los Hechos de los Apóstoles no son otra cosa que la

historia del esfuerzo personal —como Pedro iba a un lugar, Juan a otro, Felipe a otra parte— como los sencillos laicos, escapando de sus perseguidores, iban de un lugar a otro, de pueblo en pueblo y en todas partes anunciaban a su Señor y Maestro. La iglesia de Colosas fue fundada como resultado de los esfuerzos personales de un laico —Epafras. La iglesia en Roma seguramente fue fundada de este mismo modo. Mediante el esfuerzo personal del más grande servidor de Cristo, el apóstol Pablo, fueron fundadas muchas otras iglesias. Nosotros los luteranos ahora tenemos grandes y extensos campos misionales aquí y entre otros pueblos paganos, pero debemos recordar que este trabajo es el resultado de los esfuerzos personales de los obreros de Cristo. Quiero subrayar que el esfuerzo personal de llevar almas a Cristo es lo más importante del trabajo misional. Sin este trabajo personal, no se puede en ninguna manera edificar el Reino de Dios.

II La importancia del trabajo misional

En el mundo hay muchas grandes empresas y trabajos en los que se halla ocupado el hombre. Cada labor que es para provecho de la humanidad, es digna de alabanza. Aquellos que consagran toda su vida a una empresa que tiende a mejorar y aliviar la vida humana, son dignos de nuestro reconocimiento y respeto. Aquí tengo en mente toda clase de artifices y expertos, quienes con incansable dedicación trabajan en laboratorios creando nuevos inventos e instrumentos para el hogar, para el agro, para la industria, etc. Solamente un hombre insensato no le da importancia a las distintas ciencias, principalmente a la medicina. Muchas enfermedades que hasta no hace mucho eran incurables, fueron descubiertas y superadas. Y en este campo podemos esperar muchas maravillas más.

Sin embargo, si unimos todos estos trabajos, ni siquiera se pueden comparar a la labor misional. Aunque se venza cada enfermedad por la que la humanidad cae en la tumba; aunque la vida se alargue a mil años; aunque urja una paz política en el mundo por muchos siglos —todo esto, y aún

más, no es nada si lo comparamos con la salvación de una sola alma. La causa es evidente. Todas estas empresas tienen relación únicamente con el bienestar corporal del hombre. Lo más que se puede hacer en este aspecto, es salvar o proteger el cuerpo por un corto tiempo, pero finalmente se tiene que convertir en polvo de la tierra, de la cual fue tomado. El trabajo misional prepara al hombre para lo temporal y para lo eterno. Sólo Dios, con su vida y con su sangre, pudo pagar por el alma del hombre (I Pedro 1.).

El trabajo más importante de nuestro Dios es aquel que tiene relación con el alma humana. El hombre es la corona de la Creación divina. Otras cosas fueron creadas por Su poderosa palabra. El hombre fue formado por el toque de las manos de Dios, así como el alfarero moldea sus vasijas. Esto demuestra un trabajo progresivo. La Santísima Trinidad tuvo una consulta especial entre sí y decidió crear al hombre a Su imagen. Una parte del Dios vivo quedó en el hombre, eso es, su santidad y perfección (Gn. 1:26; 2,7). Aunque el hombre después de la caída ha perdido la imagen divina, siempre el alma del hombre fue tan importante que Dios no la ha desechado para siempre. Tal como antes de la caída, el trabajo más importante de Dios fue el hombre, para el que ha creado el mundo y todo lo que en él existe; así también, después de la caída, el principal trabajo de Dios fue y es salvar el alma del hombre, hacerlo regresar nuevamente al edén celestial. Por consiguiente, Dios fue el primer misionero. Cuando Adán y Eva se cubrieron ante la faz de Jehová Dios (Gn. 3:8), cuando el pecado los separó, apartó de Él, no estaban en condiciones de volver a Él por sí mismos. Dios sólo personalmente encontró a Noé, Abraham, Moisés, etc. Y en toda la era del Antiguo Testamento Dios directamente y por medio de los profetas buscaba a los pecadores.

Dios tuvo un Hijo unigénito y aun a Él se lo envió como Misionero (Jn. 3:16). Las demás cosas creadas, Dios pudo guiarlas y dirigir las desde el cielo con Su palabra y Su mano todopoderosa. Pero para salvar las almas de los hombres, Dios tuvo que enviar a Su Hijo a este mundo en semejanza de hombre. Si hubiese sido otro el modo de salvación, po-

demos estar seguros de que Dios no habría permitido que Su amado Hijo sufriera a manos de hombres pecadores. El principal, el único trabajo de este Hijo de Dios fue misional. Por eso nació de una mujer pecadora de Su creación; por eso vivió, anduvo por el mundo, padeció hambre, sed, pobreza; por eso soportó la vergüenza y el escarnio; por eso padeció de su propio pueblo y de los incrédulos, para que pudiera salvar a todos. Por eso padeció bajo el poder de Poncio Pilato, murió, resucitó de los muertos, descendió a los infiernos y ascendió a los cielos, para que pudiera salvar a las almas humanas. El Alfa y el Omega de su vida terrenal fue la labor misional. Toda su existencia era hacer la voluntad de Su Padre que está en los cielos. Cada deseo suyo, cada palabra, cada paso, cada obra, tenía una sola finalidad. Que nos lo diga él mismo cuál fue la finalidad de su vida: "Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra" (Jn. 4:34). "Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido" (Lc. 19:10); "Yo te he glorificado en la tierra, he acabado la obra que me diste que hiciese" (Jn. 17:4); "¡Consumado es!" (Jn. 19:30; Mt. 26:12; Lc. 22:42; Jn. 5:30; 6:38; He. 10:7-9).

El trabajo misional es el más importante en el mundo también por esto: que en este trabajo los creyentes cristianos son coparticipes de Dios (I Co. 3:9; II Co. 6:1). ¿De qué otro trabajo podemos decir que el pecador trabaja juntamente con Dios? Ciertamente, sin la bendición de Dios ningún trabajo prospera. Sin la ayuda de Dios el hombre no podría cambiar ni una pajita de un lugar a otro. Dios le da al hombre inteligencia, fuerza y habilidad para el trabajo, y aun las ganas de hacerlo. El agricultor puede trabajar con bendición y prosperidad, solamente cuando Dios trabaja con él mediante la naturaleza; el mecánico, cuando sus fuerzas físicas se lo permiten; el médico, cuando su corazón está en relación con las leyes fisiológicas. Pero en el trabajo misional, sólo Dios directamente, por medio del Espíritu Santo, trabaja con nosotros. En otro trabajo el hombre no puede decir que está ocupado para Dios. Más vale para sí. En la labor misional el hombre está completamente ocupado en el

trabajo de Dios, exclusivamente para Dios. Los cristianos son sólo los vasos. En realidad es Dios el que trabaja por medio de ellos. En verdad, el trabajo misional es el único en el cual Dios y el hombre trabajan en conjunto.

Finalmente, realizando el trabajo misional, el hombre hace más por el bien de la humanidad que todas las organizaciones mundiales, políticas, democráticas o sociales en conjunto. Trabajar por la humanidad es algo bueno. Los creyentes deben ser ciudadanos activos, la sal de la tierra también en este sentido. A mí me parece que frecuentemente esto es algo inútil y percedero, trabajo vano. Ejemplificando: cuánto los hombres luchan por la restauración de las libertades y de una vida democrática en sus países, ¿cuánto dura? ¡Cuántas veces todo lo que hicieron se desmorona y tienen que comenzar de nuevo, de punto cero! Algo que llama nuestra atención es notar como si el Señor Jesucristo deliberadamente hubiera escapado a todos los problemas sociales y humanos. Que el Señor sació a miles, fue algo incidental. Cuando fue requerido para repartir la fortuna entre dos hermanos, dijo: "Hombre, ¿quién me ha puesto sobre vosotros como juez o partidor?" (Lc. 12:14). Frecuentemente lo querían proclamar Rey. Él siempre escapó de eso. ¿Acaso el Señor no se interesaba por las cosas en el orden social? Sí, y con amargura. Él bien sabía que todos los problemas humanos están fundados sobre problemas personales. ¿Y qué habría pasado si el Señor hubiera partido la herencia entre aquellos dos hermanos? ¿Acaso habrían quedado conformes? No lo creo. Uno de ellos, o los dos, eran avaros. Y mientras la codicia reinaba en sus corazones, ningún juez, ni el propio Hijo de Dios, habría podido dividir la herencia dejando conformes a ambos. Si no fuese por su codicia, ellos solos habrían hecho la separación de bienes en conformidad. Este era entonces un problema personal, y nuestro Señor también lo reconoció como tal, porque dijo "Mirad, y guardaos de toda avaricia, porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee". Es verdad, cada problema social es fundamentalmente personal. Arreglen el corazón de los industriales con la Palabra de Dios, y procederán con justicia con

sus empleados, les pagarán salarios justos y equitativos. Por otra parte, si al menos la mayoría de los trabajadores fuesen cristianos, no habría revueltas ni huelgas. Si al menos la mitad de los guías que están a la cabeza de las naciones fuesen cristianos, entonces no tendríamos por qué preocuparnos de la situación política y social. Cristianicen a aquellos que habitan en las urbes y en las grandes metrópolis, y ellos solos arreglarán su situación o estado social. Esto no es un idealismo vacío, pero sí una realidad. Mientras el pueblo de Israel tenía a su frente guías creyentes, el bienestar social florecía, y la situación política era favorable para pobres y ricos. Ni bien los guías cayeron en la incredulidad, la desintegración entró en la vida social, surgió la revolución, la avaricia, los ricos oprimían a los pobres, toda la gente quedó desmoralizada y estropeada moralmente. Esto lo digo únicamente para que veamos la importancia del trabajo misional; solamente el misionero cristiano, mediante la Palabra de Dios, puede arreglar las situaciones sociales de este mundo. Este trabajo no trae alabanza, riquezas y gloria, sino muchas veces persecuciones, pobreza y a veces hasta la misma muerte. Pero todo que es hermoso y bueno para el mundo, cada virtud, cada buena obra, es el resultado y el fruto del trabajo misional.

Repito: el trabajo misional es el más importante en el mundo, porque: 1) tiene una estrecha relación con el alma de la persona y la prepara para la eternidad; 2) es el trabajo principal de nuestro Padre celestial; 3) fue el único trabajo de nuestro Salvador; 4) el misionero trabaja junto con Dios, lo que no puede decirse de ningún otro trabajo; 5) haciendo un trabajo misional efectivo, el misionero también arregla las situaciones sociales y hace más por su gente que todos los políticos juntos.

III ¿A quién le confió el trabajo misional el Señor Jesucristo?

Muchos cristianos esperan que Dios vaya a salvar el mundo mediante los predicadores. Esta estima y este honor Dios no se lo dio a los pastores como a una casta especial. Sólo

mediante la iglesia Dios salvará a los hombres. "Pues en cuanto Sion estuvo de parto, dio a luz sus hijos" (Is. 66:8). Sólo cuando la iglesia despierte de su sueño aletargado, los pecadores serán atraídos a la cruz de Cristo. Antes no. Como en la naturaleza, así también en el reino de gracia, Dios no reunió los dones en un solo lugar, no se los dio a un solo hombre, sino que los distribuyó. Esos son aquellos pequeños e insignificantes arroyuelos que traen en provecho, no los aluviones y grandes caudales. Una gran lluvia despierta nuestra admiración, pero aquellos miles de pequeños pozos y fuentes dan vida a millones de personas. De tiempo en tiempo, uno o dos en cada época, Dios levanta a un gran hombre, como el apóstol Pablo o Lutero, pero el bienestar y la prosperidad de su iglesia, generalmente dependen de miles de cristianos que silenciosamente siembran la semilla de la Palabra de Dios y la reafirman con sus vidas. La iglesia de Cristo es la sal de la tierra y la luz del mundo. Ella es como la mujer que busca la moneda perdida; como el pastor que deja las 99 ovejas para buscar la que se ha perdido; como el padre que está continuamente atento por su hijo pródigo, siempre lo va a esperar para ver si no viene a lo lejos, y se alegra de su regreso. Es triste cuando en una asamblea se lo acusa al predicador de que siempre anda mendigando para la misión. Esa iglesia que no se interesa y no se esfuerza por realizar misión, se privó del derecho de existir. En la búsqueda de su alma en realidad la perdió. El trabajo misional constante: otro objetivo no tiene la iglesia en el mundo. Si no lo hace, no puede llamarse iglesia. Y muchas veces las asambleas en las iglesias no son otra cosa que el hablar sobre las cosas de la congregación. Si así sucede, entonces ellas son inútiles. Los informes se pueden dar también en los boletines parroquiales. Desde este punto de vista, una asamblea por año basta. A mí me parece que el fin principal de las asambleas debería ser este: planear las maneras y los medios cómo debe anunciarse el evangelio de Cristo a los vecinos, cómo despertar el interés en los miembros despreocupados, cuál es la mejor manera de educar a la juventud, etc. Esto es trabajo de toda la congregación y no solamente del pastor. Él

es solamente el principal servidor y coordinador de esa obra. Que mediante la iglesia Dios quiere salvar al mundo, de esto tenemos muchas afirmaciones en las Sagradas Escrituras: Mt. 28:18-20; 18:17-18; I Co. 5:13; Mt. 16:18-19.

¿Y quiénes componen la iglesia? En la iglesia visible hay también hipócritas. ¿De ellos también requiere Cristo que hagan misión? Decidida y categóricamente no. Ocurre con frecuencia, que hasta los hipócritas predicán a Cristo, que también predicadores no sinceros traigan almas a Cristo (Fil. 1:15-18). Sobre ellos Dios no tiene poder. No le quieren dar su corazón. Él no quiere su trabajo. Sólo los verdaderos creyentes, los que han aceptado al Salvador del mundo por fe, deben hacer misión. Cuando algún miembro de la iglesia abiertamente critica y habla en contra de la obra misional, la congregación debe amonestarlo. ¿Qué hemos de pensar respecto a la fe de un hombre tal? Es imposible que un verdadero creyente esté en contra del trabajo misional. Como Pedro y Juan, los cristianos dicen: "porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído" (Hch. 4:20). Como lo profetiza Ana, ellos alaban a Dios y hablan de Él "a todos los que esperaban la redención en Jerusalén" (Lc. 2:38).

La verdad es que cada cristiano sincero es un misionero de Cristo. Las palabras de Marcos 16:15 son válidas para cada cristiano, al cual Dios "ha hecho partícipe de los santos en la luz". El apóstol Pedro escribe: "Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable" (I P. 2:9). La leyenda dice que el ídolo egipcio Memnon toda la noche permanecía como embrujado. En tanto el sol le calentó, comenzaba a emitir sonidos. Como ese ídolo, así también el hombre natural es mudo e inactivo en el campo del Señor; pero ni bien el sol de justicia ilumina su corazón, no puede callar, debe proclamar en todas partes y a cada uno: "Hemos hallado al Mesías". Hombres y mujeres que sintieron el amor de Dios en sus corazones, no necesitan ser obligados al trabajo misional. Bellos pensamientos se despiertan en ellos y no pueden sino cantar al Esposo Celestial.

A las flores nadie debe decirles que den fragancia para adornar la naturaleza. Los pájaros no necesitan almanaque para saber cuándo deben mudarse. Tan natural debe ser también para los cristianos anunciar a Cristo Jesús. Como cada incrédulo, consciente o inconscientemente, es misionero del diablo, así también cada cristiano sincero, consciente o inconscientemente, dentro y fuera de su casa, debe ser un misionero para su Salvador. Sea hombre o mujer, como Aquila y Priscila, sea sirviente o sierva, como Onésimo y la sierva de Naamán; sea padre o madre, como David y Lidia; viuda o soltera como Tabita y Débora — cada cristiano sin excepción, está llamado a trabajar en la viña del Señor. Esto es nuestro trabajo más importante. El preocuparnos por el pan de cada día sólo es nuestro trabajo secundario. El cristiano cumple con sus obligaciones terrenales para que por medio de ellas pueda hacer mejor la principal tarea de su vida. Recibe un salario para que lo posibilite apoyar la obra misional más generosamente. Come, duerme, descansa, estudia, para que sea más apto en llevar a cabo este trabajo que es el más importante. No vive para eso, para comer, beber, acumular riquezas, etc. Aquí debemos reconocer todos con pesar en el corazón, que muchas veces, el afán por el pan de cada día, el acumular dinero, los "tiempos mejores", las riquezas de este mundo, son los fines principales de nuestras vidas. ¡Qué vuelco del corazón humano! Confesemos nuestro pecado y roguemos a Dios que nos conceda una mejor conciencia de nuestras obligaciones cristianas. Nuestra responsabilidad no es llevar cada alma a Cristo, sino más bien llevar a Cristo a cada alma. No todas las personas quieren aceptar al Salvador de los pecadores, pero Cristo quiere a todos, y por eso nuestra responsabilidad es anunciar a cada hombre que Cristo lo ama. Dios nos ha puesto por vigías de nuestros hermanos en la carne. Con toda razón nuestro catecismo dice que nuestro prójimo es aquel que necesita de nuestra ayuda. Todos los hombres, por todo el mundo, que están en las tinieblas espirituales, necesitan de nuestra ayuda y son nuestros prójimos. El trabajo misional no hace concesiones a nuestra voluntad, si lo queremos realizar o no, Dios amena-

za a aquellos que no cumplen con el trabajo misional: "A ti, pues, hijo de hombre, te he puesto por atalaya a la casa de Israel, y oirás la palabra de mi boca, y los amonestarás de mi parte. Cuando yo dijere al impío: Impío, de cierto morirás; si tú no hablores para que se guarde el impío de su camino, el impío morirá por su pecado, pero su sangre yo la demandaré de tu mano. Y si tú avisares al impío de su camino para que se aparte de él, y él no se apartare de su camino, él morirá por su pecado, pero tú librabste tu vida" (Ez. 33:7-9).

Aptitudes personales del misionero

El trabajo misional personal es difícil, frecuentemente cansador. Los hombres no reciben fácilmente el evangelio de Jesucristo. Y aun cuando se hacen miembros de la iglesia de Cristo, muchas veces se separan de ella, caen. Un misionero expresó que es más fácil ganar almas para Cristo que mantenerlas en la iglesia. Muchos feligreses no viven como cristianos. Cuando los recién convertidos ven esto, a menudo vuelven las espaldas a la iglesia. En esto también la tentación de la carne, del mundo y del diablo son fuertes enemigos de la fe cristiana. El misionero cristiano "no tiene lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes" (Ef. 6:12). Se debe estar bien armado espiritualmente, armado con el arma de Dios — las caderas ceñidas, y vestidos de la armadura de justicia, los pies calzados con el apresto del evangelio de paz. En todo esto debe utilizar el escudo de la fe, con el cual podrá apagar las flechas de fuego de Satanás. También es necesario el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu de Dios.

Para un trabajo misional feliz y fructífero, he señalado las siguientes aptitudes:

1. Como fue dicho, el obrero de Cristo debe ser un cristiano sincero y convencido. Antes de querer llevar a otros a Cristo, él primeramente debe conocer el camino al cielo. En

Lucas 22:32 Cristo le dice a Pedro: "y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos". El mismo Pedro primeramente debe ser confirmado en la fe, estar completamente convencido, y sólo después podrá convencer a otros. Si Dios en el pasado y aún en el presente permite también a pastores y laicos inconversos anunciar su evangelio (Mt. 7:5), tales ejemplos son excepción y no regla. El misionero cristiano debe estar bien informado y arraigado en las verdades de la Palabra de Dios (2 Ti. 3:15; Jn. 5:39). Debe estar en condiciones de reconocer los espíritus, si son de Dios o del diablo (I Jn. 4:1). Debe permanecer firmemente fundado en las Sagradas Escrituras y el Espíritu Santo debe controlar todo su ser. Un obrero de Cristo debe estar sujeto y debe ser obediente al Espíritu Santo, como Felipe, de quien leemos que cuando el ángel le anunció que fuera a Gaza, que allí encontraría a un hombre etíope, de inmediato se puso en camino. No se excusó: no tengo facilidad de palabra, no sé cómo tengo que dirigirme a él, él de todos modos no me va a prestar atención, etc.

2. El misionero cristiano debe orar por la misión (Hch. 2:5.12). Sería algo raro que el cristiano buscara almas perdidas y no orase por ellas. La oración es sumamente necesaria. Pues debemos recordar que esto es el trabajo del Señor, no nuestro; que solos, sin su ayuda, no podremos convertir a ningún alma. En la oración reside el éxito del trabajo misional. Nuestra labor misional personal tendrá éxito en la medida en que oremos. Todos los grandes y exitosos misioneros eran en primer lugar hombres que oraban mucho. Y esto también está enmarcado dentro de la historia de la misión cristiana, que algunos, cuando emprendían su viaje misional, no tenían dinero y ni siquiera sabían quién ayudaría y mantendría su obra. Tenían sólo la Palabra de Dios, las promesas de Dios, y sabían orar fervientemente. Lutero oraba con tanto más fervor y frecuencia cuanto más difícil era su labor. Si pudiera decirse de nosotros lo que se dice de los primeros cristianos (Hch. 2:42.46), el fuego del fervor misional se extendería a todas nuestras congregaciones y sus llamas se extenderían a todos los confines del mundo.

3. En el corazón del obrero de Cristo debe reinar pena por las almas perdidas y el deseo de salvarlas. Debe amarlas con un amor celestial. El Señor Jesús sintió lástima por las multitudes, que eran como ovejas sin pastor. Él deseaba fervientemente su salvación. Por eso lloró sobre Jerusalén; soportó todo, aun la muerte. Nosotros tal vez nunca lloramos sobre las almas que están yendo a la perdición, porque no podemos figurarnos el precio de un alma; cuánto vale, qué ofrenda fue ofrecida de parte del Hijo de Dios por su salvación: "tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne" (Ro. 9:2-3). No era una pena pasajera, sino un dolor continuo en el corazón, porque su pueblo judío no recibió al Salvador del mundo. Tanto los amaba, que si hubiera sido factible, habría comprado la salvación para su pueblo al precio de su propia salvación. Deseaba él mismo ser separado de Cristo Jesús, si con eso podría salvar a su pueblo. El médico puede tener éxito aun sin que ame a sus pacientes; el comerciante puede enriquecerse sin amor hacia sus compradores, pero el creyente no puede ser un obrero exitoso juntamente con Dios sin amor hacia las almas y sin desear su salvación. De lo contrario sería un simple asalariado que no es el pastor y de quien no son propias las ovejas" (Jn. 10:12). Para salvar al hombre, Cristo lo dejó todo. El misionero debe estar dispuesto a padecer el mal, sacrificar comodidades, y alguna vez también la vida en el deseo de salvar almas humanas.

4. Para un trabajo misionero exitoso se necesita también la confianza en la Palabra de Dios, que es lo suficientemente poderosa para salvar aun al peor de los pecadores. Muchas veces oímos decir a los cristianos: con él no va a prosperar nadie. Es un pecador endurecido, sólo se pierde el tiempo inútilmente. Esto no es otra cosa que dudar de la Palabra de Dios. Con esa manera de pensar el misionero cristiano no irá lejos. Su trabajo habrá fracasado antes de que lo comience. Paulatinamente se debilitará tanto que comenzará a dudar de si la Palabra de Dios en realidad puede salvar a un hombre, y si el trabajo misional se justifica. A

nosotros también nos hace falta la amonestación que Dios le hizo a Sara: “¿Acaso hay algo que es imposible para Jehová?” La historia de la conversión de los pecadores es un testimonio de que la Palabra de Dios ha hecho herederos del reino de los cielos a asesinos, deshonestos, ladrones, criminales, borrachos, etc. El Señor Jesucristo puede juntar los restos de una vida deshecha y en su última hora arreglar y salvar un alma. Cuando la Palabra de Dios convirtió el corazón nuestro, el corazón del malhechor en la cruz, el corazón del apóstol Pablo, cuando ella cambió y salvó a todos los redimidos en el cielo, ¿cómo podemos dudar de que es capaz también de convertir a nuestro vecino endurecido y a otros pecadores? Un misionero precavido siempre debe tener en cuenta, principalmente cuando su trabajo parecería ser inútil, las palabras del profeta Isaías: “Así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié” (Is. 55:11).

5. Es necesario que el misionero cristiano esté bien familiarizado con la Biblia. Debe encontrar las expresiones necesarias con tanta facilidad como el agente de seguros encuentra una póliza para cada caso. Felipe habría perdido una hermosa oportunidad si no hubiese ubicado de inmediato el pasaje que leía el eunuco (Hch. 8:30). El misionero cristiano debe conocer su Biblia como un experto. Algunas veces el misionero pierde un alma a punto de ser ganada porque no puede encontrar en seguida la expresión necesaria. Pero cuando la encuentra en forma inmediata, esto despierta la confianza del aludido hacia la persona del misionero. La inseguridad en la localización de un texto bíblico es un estorbo en el trato efectivo con el cristiano esperanzado. Cuando el Señor fue requerido para leer en la sinagoga, al momento encontró el lugar (Lc. 4:17). Los cristianos deberían citar las palabras de su Señor tan fácilmente como los hombres utilizan las palabras del saludo cuando se encuentran.

6. Paralelamente a estas cualidades del misionero cristiano, debemos mencionar también el tacto. ¿Qué es el tac-

to? El tacto es una habilidad y un arte mental de decir la palabra exacta en el tiempo oportuno, para que el misionero no ofenda al interesado y no lo lleve al enojo. El misionero debe cuidarse de una naturaleza explosiva e impulsiva. Donde pueda debe escaparles a los argumentos. Todavía ningún argumento salvó a ningún alma. Más bien hizo daño. Sólo la Palabra de Dios puede cambiar el corazón del hombre. El argumento no hace más que llenar de enojo al pecador, y de prejuicios contra Dios y su Palabra. Sabemos qué resultado produce en nosotros cuando los fanáticos comienzan a debatir con nosotros. Cuando el obrero de Cristo comienza a argumentar y a enojarse, muy posiblemente su interlocutor lo correrá de su casa con una escoba y lo considerará un fanático y un tonto. El misionero de Cristo no es un fanático, más bien un caballero cristiano, un hombre que se respeta a sí mismo. En forma convincente y respetuosa debe demostrar al pecador la necesidad de aceptar al Salvador del mundo. Su obligación es mostrar al alma que ésta se halla en el camino de la perdición eterna si no recibe al Redentor. Más no puede hacer. Lo demás lo dejará librado al Espíritu Santo y durante ese tiempo orará por el interesado. Después de algún tiempo nuevamente regresará y controlará qué efecto tuvo su primera charla. Luego lo irá convenciendo. Muchas veces los cristianos corren a más de un fiel de la iglesia luterana porque se ponen a discutir con él sobre el bautismo, la Santa Cena, etc. y lo rebajan y se ríen de él. Es difícil separar de la mente esas cosas que el hombre ha aprendido desde su niñez. Con los argumentos sólo lo endurecerán en su punto de vista y en la enseñanza falsa. Con esta finalidad, los cristianos no convencerán nunca a nadie. Mejor es ganar su confianza y despacito, con la Palabra de Dios, ir abriéndole los ojos de la fe. ¿Acaso no es cierto que frecuentemente los argumentos no son otra cosa que el orgullo personal, para que un hombre pueda lucir su sabiduría y conocimiento de la Palabra de Dios, como también su habilidad en argumentar? La pregunta es si un hombre así en verdad desea salvar el alma de su interlocutor. No digo que el argumento nunca sea necesario. Con el argumento se debe proteger y defender la

verdad de la Palabra de Dios. El Señor Jesucristo discutió con los fariseos y con los intérpretes de la ley. El apóstol Pablo argumentó con los filósofos griegos también ante el tribunal. Lutero argumentó contra los seguidores del papa. Pero la finalidad del argumento no es tanto salvar al hombre sino defender la verdad de Dios frente a enseñanzas falsas.

El Señor Jesús tuvo mucho tacto cuando conversó con la mujer samaritana. Gradualmente la fue llevando al conocimiento salvador. No discutía con ella cuando le preguntó si él era más grande que Jacob quien había mandado cavar ese pozo. No la encasilló en seguida entre los grandes pecadores, aunque vivía en impudicia. El apóstol Pablo mostró tacto cuando fue llamado a testificar y se enteró de que no se podían poner de acuerdo entre sí respecto a la resurrección de los muertos. Los fariseos creían en la resurrección de los muertos y los saduceos no. Con su tacto Pablo ganó a muchos. Cuando dijo: "acerca de la esperanza de la resurrección de los muertos se me juzga" (Hch. 28:6), inmediatamente surgió una división entre los presentes. Y así, en vez de juzgarlo a él, sólo argumentaban entre ellos, de tal manera que hubo confusión entre los jueces y finalmente pusieron a Pablo en libertad. El resultado fue que muchos creyeron en las palabras de Pablo. Ese mismo apóstol les dijo a los Corintios: "Como soy astuto, os prendí por engaño" (2 Co. 12:16). Felipe mostró tacto en el trato con el eunuco etíope. No le dijo: "¿Acaso eres tú cristiano? Si no, vas derecho al infierno; arrepíentete y serás salvo". En cambio le preguntó: "¿Entiendes lo que lees?" Y el resultado fue que el eunuco lo llamó para que le explicase el camino de la salvación. Los pescadores nos enseñan el valor del tacto. Ellos utilizan diferentes cebos y diferentes maneras para pescar distintas clases de pescado. Un poco de tacto e inteligencia y un proceder bien meditado nos gana un punto que de otra manera no alcanzaríamos. El tacto puede subsanar la deficiencia de otros dones. La falta de tacto es muchas veces un error fatal. Sin embargo, cuando el cristiano trata con personas que conocen las enseñanzas de las Sagradas Escrituras, pero por su dureza no quieren ceder a la Palabra de Dios, allí debe enfrentarse como el Señor

Jesús se enfrentaba a los fariseos. Donde se trata de los fundamentos cristianos, allí la diplomacia no tiene cabida. El Señor Jesús trató de una manera completamente diferente con los fariseos que con la mujer samaritana. Con ella utilizó tacto. A los fariseos les dijo abiertamente que eran unos hipócritas. Esta diferenciación, el obrero de Cristo debe tenerla muy en cuenta. Tan precisamente y a conciencia debe ejercitarse el cristiano para el trabajo misional, como el corredor se ejercita en las carreras.

En resumen: el misionero cristiano debe ser, personalmente un fiel seguidor de Cristo, consciente de la bendición que ha recibido del Salvador. Tiene que estarle agradecido al Señor, ser celoso de buenas obras, firme en la fe, constante en la esperanza, y debe llevar una vida santa. Debe ser paciente, perseverante, audaz, atento, amoroso y amable con la gente.

Pero que nadie se atemorice creyendo que no tiene dones en medida suficiente. Nadie vino a este mundo con todos los dones. Dios nos concederá los dones necesarios para el trabajo misional. Él nos promete: "Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídale a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada" (Stg. 1:5). Frecuentemente, Dios usa los medios más comunes, a las personas más simples, para realizar mediante ellos grandes cosas, y así demostrar su poder divino. En el Santo Bautismo ha mandado usar agua. En su Santa Cena, pan y vino. ¡Cosas comunes! Pero mediante ellas concede dones celestiales. El poder de Dios se perfecciona en la flaqueza, como el Señor se lo dijo al apóstol Pablo: "Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad" (2 Co. 12:9). Si amamos a nuestro Señor, poseemos la fe salvadora y el amor cristiano, la cual es apta para buscar las almas perdidas, y tenemos conocimiento de las partes fundamentales de la enseñanza cristiana; y entonces no tenemos por qué temerle al trabajo misional. Dios estará con nosotros, Él bendicirá nuestros esfuerzos y hasta nos permitirá ver los frutos de nuestra labor.

V ¿Dónde y cómo es necesario hacer misión?

¿Con quiénes tenemos que hacer misión? ¿Dónde comenzar? Esta pregunta aflige a muchos cristianos. Creen que la obra misionera únicamente se lleva a cabo con misioneros debidamente llamados, en regiones paganas. Pero esto no es así. Mejor deberíamos preguntar: ¿existe algún lugar donde **no** se puede desarrollar el trabajo misional? Jesucristo hacía misión en todas partes; tanto con los suyos como con los ajenos. Les predicaba su evangelio en el templo y en las calles, a la orilla del lago y desde la barca, en la montaña y en la casa. Cada hombre inconverso, dondequiera que se encuentre, es un candidato para el cielo. El Señor Jesús ha muerto por todos, por los pordioseros y por los reyes, por los blancos y por los de color, por los griegos y por los judíos. Ningún hombre, por bueno o malo que sea, puede ser salvo por otro medio sino por la fe en Cristo Jesús. Entonces, cada hombre que no es miembro de la así llamada iglesia visible, es material para misión. Después también están los feligreses tibios e indiferentes, hermanos y hermanas en la fe, quienes se desviaron por el mal camino, se plegaron a una mala compañía, o están cometiendo algún pecado mortal. Todos los creyentes en la fe, que están luchando con algún problema que debilita y deteriora su fe y su estado como seguidores de Cristo, nos brindan oportunidades misioneras.

El primer campo misional es nuestro hogar, nuestros parientes cercanos. Nuestros hijos e hijas se casan con incrédulos o con personas de otra fe. El profesor J. T. Mueller observa: "Es en verdad triste la cantidad de familias en las cuales sólo algunos miembros son seguidores de Cristo. Casi es una excepción que toda una familia asista a una misma iglesia. Por el bien de nuestros hogares, por la iglesia y por el estado es imprescindible que todos los miembros de nuestras familias sirvan a Cristo Jesús". Tal vez en nuestras congregaciones del interior, compuestas casi todas por familias de corte extranjero, esta situación todavía no es tan generalizada, pero sí se va notando que cada vez más, nuestros jóvenes se casan con personas de otras igle-

sias, o con personas que no son miembros de ninguna iglesia cristiana. Por eso debemos estar alerta; Dios nos pedirá cuenta cuando algún miembro de nuestra familia se pierde por nuestra indiferencia. Cuando Andrés encontró a Jesús, lo primero que hizo fue avisarle a su hermano. ¿Y a quién tendría que haber ido primero, si no era a aquel que era el más cercano por la sangre? Ciertamente, el amor hacia su hermano lo incitó. Cada cristiano que ama a su familia (¿o hay alguno que no ame a los suyos?), se preocupará afanosamente por llevarlos al Salvador de los pecadores.

Paralelamente al parentesco directo, nuestros conocidos y amigos nos brindan oportunidades misionales. ¿Por qué tenemos amigos? ¿No es acaso porque entre ellos y nosotros hay puntos de coincidencia y de interés común, que nos ligan y acercan? La amistad también está fundada sobre el amor. Y si es así, ¿no sería acaso traicionar nuestra amistad si no les mencionáramos a Cristo Jesús a nuestros amigos porque no pertenecen a la iglesia cristiana? ¿Acaso tenemos que callar de Él frente a nuestros amigos? El evangelio de Cristo lo predicamos a personas que no conocemos. Ofrendamos dinero para la misión, para que el evangelio de Cristo sea predicado a los gentiles, que no pertenecen a nuestra raza ni a nuestra nación. Y así tiene que ser. ¿Pero acaso no tendríamos que predicarlo también a nuestros amigos? No seríamos consecuentes. Nuestro trabajo misional personal en primer lugar debe comenzar por casa, y luego seguir entre los parientes cercanos, los amigos, los vecinos, y aquellos con quienes nos relacionamos diariamente en el trabajo. Un escritor cristiano contó la siguiente anécdota: Había dos socios comerciantes. Uno asistía regularmente a la iglesia; el otro cada domingo iba a jugar al "golf". Un domingo por la mañana se encontraron en la calle. Después del saludo de cortesía, el "golfista" le dice a su amigo: "¿Por qué eres tan hipócrita?" "¿Qué dices, que soy hipócrita?" —"Claro que eres hipócrita; porque si en verdad creyeras, verías bien que estoy en el camino de la eterna perdición. Hace cuánto tiempo te conozco y estamos juntos en el negocio, pero nunca tuviste la

suficiente fe religiosa para poder hablarme algo acerca de esas cosas. Si tu fe religiosa no significa nada más, ¿por qué no dejas de ir a la iglesia?” ¿Acaso este hombre no tenía razón? Quien es indiferente y despreocupado por la necesidad espiritual de sus conocidos, es en verdad un hipócrita, porque hace como quien recoge con Cristo, pero en realidad desparrama. La indiferencia respecto a la obra misional es pecado, porque una persona que toma así nomás a Dios a la ligera, demuestra que la salvación no es tan necesaria como el Señor lo dice. Pero las Sagradas Escrituras aseguran: “El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama” (Lc. 11:23). Por cierto, si tenemos amigos que no pertenecen a ninguna iglesia, ellos son los que nos brindan la primera oportunidad de hacer misión.

La escuela dominical también nos brinda una hermosa oportunidad para servir a nuestro Señor. El trabajo de la escuela dominical es tan amplio y tan profundo que requiere muchos obreros. Hay muchos feligreses que envían a sus hijos a la escolita dominical sólo esporádicamente o tal vez nunca. A esta clase de gente hace falta visitarlos, amonestarlos, atraerlos. En algunos casos los fieles viven lejos de la iglesia. De éstos también tenemos que preocuparnos, para que tengan cómo mandar sus niños a la enseñanza. Es necesario buscar la causa, el por qué los padres no mandan a sus niños a la escuela dominical. En caso de que los padres tengan ciertas dificultades reales, es necesario remediárlas. Hay algunas congregaciones que se han preocupado hasta en ir a buscar a los niños que viven lejos de la iglesia. Esta es una excelente empresa. Esto es labor, obra misional dentro de la misma congregación. En las cercanías de nuestros templos viven niños que no pertenecen a ninguna iglesia. Tales niños tenemos que buscarlos e invitarlos a la escolita dominical. A través de estos niños, frecuentemente también se acercan los padres, y mediante los padres, también parientes y amigos. Para esta empresa no deberíamos tener dificultades, ni tampoco fabricárlas.

En algunas congregaciones existen diferentes comisio-

nes de mayordomía. Por ej. una comisión encargada de visitar a los enfermos. Aquí también se le presenta al creyente una hermosa oportunidad para llevar a cabo una labor misionera personal. Los creyentes que se encargan de la tarea de visitar a los enfermos, siguen el ejemplo de su Salvador, de quien se nos dice: "Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo" (Mt. 4:23). Nadie recibe mejor el evangelio de Cristo que los enfermos. Ellos se sienten agradecidos por la atención espiritual, por la identificación cristiana de sus amigos. Ellos necesitan fortalecimiento, consuelo, y comunión cristiana. Las comisiones de mayordomía pueden hacer misión también en otros aspectos, p. ej. repartir pequeños tratados, recibir a desconocidos que ocasionalmente vienen al culto, etc. En verdad, oportunidades misioneras las hay en todas partes, sólo hace falta mayor consagración, querer ofrendarse a sí mismo y tener un mayor amor a Dios y a las almas en peligro de perecer. El Señor Jesús dijo a sus misioneros: "A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies" (Mt. 9:37-38).

Se dice, y con justa razón, que una cadena es tan fuerte como lo es el más débil de sus eslabones. ¿Cómo una iglesia puede llevar a cabo felizmente una obra misional, si la mitad de sus fieles son como ramas muertas? La iglesia es tan fuerte como lo son sus fieles más fuertes y más débiles. ¿Qué se necesita hacer para que los retoños secos de la iglesia revivan? La fe se renueva y se fortalece con la Palabra de Dios. Se necesita material cristiano para la lectura. En todas las convenciones de la I.E.L.A. se recalca que nuestras revistas debieran ser difundidas y leídas más asiduamente entre nosotros. Los pastores dicen que los laicos deben interesarse más por ellas en sus congregaciones. Y los delegados generalmente opinan que los pastores deberían interesarse un poquito más por esto. Ambos están en lo cierto. A mi parecer, esto es una empresa que atañe a toda la iglesia. Esto es labor misional interna. Tal vez las congregaciones deberían tener un fondo para suscribir una revis-

ta, cualquiera sea el idioma, para cada familia. O las distintas asociaciones congregacionales (damas, jóvenes, etc.) deberían hacerse cargo de esto. Es cierto, aquí también se corre el riesgo de que la revista no sea leída. Pero estoy seguro de que en cada familia se encontraría al menos un integrante que las leería. El dinero destinado a este fin, con el tiempo también rendirá sus frutos. La iglesia es responsable por cada miembro. Y si alguno se le pierde en el infierno, el Señor alguna vez preguntará a la iglesia si hizo lo que pudo para salvarlo. Cada niño que no asiste regularmente a la escuela dominical como así también cada familia indiferente, es trabajo para toda la congregación.

La iglesia misionera ideal es aquella que hace brotar renuevos en todas partes, la que crece en su número de fieles y en espíritu, la que alarga sus raíces. Por cierto, es una señal de vida cuando la congregación tiene que fundar otras congregaciones porque sus fieles ya no entran en un templo y también por razones de distancias. Y así, de la congregación madre nacen que son sus hijas espirituales. Otro secreto para el crecimiento son las escuelas parroquiales. A mi modesto entender, las escuelas parroquiales son el mejor medio para edificar una conciencia misional en nuestros futuros miembros. Principalmente en estos tiempos malos, el maestro cristiano es una bendición de Dios para nuestros niños, para los hogares y para la iglesia toda. Cierta maestro cristiano dijo: "La primera obligación misional de los padres debe estar orientada hacia sus hijos propios. A los padres y madres de Israel, Dios les dijo: "antes bien, las enseñarás a tus hijos". Hoy, considerando el estado y la relación del mundo actual, estas palabras deben llamar la atención de los padres sobre la importante y grata tarea misional, la cual, se espera, venga de los padres hacia sus propios hijos.

"Los hijos son un preciado tesoro que Dios ha confiado a los padres para su cuidado. De los padres se exige una firme preocupación por sus hijos. En este aspecto es frecuente encontrar padres que no entienden el verdadero significado de sus obligaciones. Centran toda su atención en

las cosas materiales de y para sus hijos, y de la educación espiritual no se preocupan. Y donde se les brinda a los niños una educación espiritual así nomás, ello no condice con el ineludible mandato de Dios: "antes bien, les enseñarás". Aquí vemos la necesidad de corregir el rumbo en nuestra Iglesia Evangélica Luterana.

"Lo que hoy resulta imposible para los cristianos individuales y para los padres en lo que se refiere a una educación perfecta de sus hijos, puede hacerse realidad cuando se trabaja en la congregación cristiana. El mejor medio para el trabajo misional con los niños es el de hacerlos participar cada día en la enseñanza religiosa. Esto es factible en las congregaciones que tienen escuelas parroquiales, donde con la esforzada enseñanza del maestro cristiano, se siembran las preciosas verdades de Dios en el corazón de los niños. Las otras congregaciones que no poseen escuelas parroquiales, en lo posible lo hacen a través de las clases de religión, escuelitas de verano y regularmente por medio de la escuela dominical. Aun con todo esto debemos reconocer que es poco. ¿Qué congregación o qué padre puede afirmar que una hora a la semana alcanza para dedicarla a las necesidades corporales de los niños, y que durante las restantes 168 horas se los puede dejar librados a los niños a la misericordia del mundo? ¿Qué padre estaría de acuerdo con esto? ¿Y respecto a la educación espiritual cristiana? ¡Oh, eso es otra cosa! Aun los cristianos celosos del trabajo misional entre los paganos, consideran innecesaria la educación diaria de sus hijos.

"El trabajo misional cristiano de los padres y de todos nosotros, comienza en casa y con nuestros propios hijos. Démosle lo que les hace falta para su salvación de una manera tal que nuestro celo misionero se manifieste también en la generación que seguirá en nuestros pasos".

Cómo hacer misión

Muchos cristianos estarían interesados en hacer misión, pero no saben cómo empezar. Piensan que para esto hacen falta algunos dones especiales. Para un conocimiento más

profundo de las verdades de la Palabra de Dios hace falta una mejor explicación. Para esto están los pastores y maestros. Este conocimiento se brinda en la instrucción previa a la confirmación. Esta labor sólo la pueden realizar los ministros debidamente llamados. Pero cada cristiano puede y debe traer almas a Cristo Jesús. Debemos reconocer que muchos se avergüenzan de su fe, y por eso nunca hablan de su religión a sus amigos. Muchos no saben cómo comenzar el diálogo con un hombre al que esperan ganar. Temen que no están instruidos para eso.

La costumbre generalizada es que las mujeres deben convencer a las mujeres, los hombres a los hombres, los jóvenes a los jóvenes y los ancianos a los ancianos. Esta costumbre es aplicable principalmente para laicos maduros. Y donde se puede, hay que seguir esta costumbre. La causa es obvia. Los jóvenes escucharán con más probabilidad a los jóvenes, y los ancianos a los ancianos, porque están en un mismo nivel. Tampoco debemos convencer a un hombre en presencia de un tercero. Frecuentemente, los hombres se avergüenzan en presencia de otros, y no manifiestan su pensar de la misma manera, como cuando están solos. El obrero cristiano debe avanzar gradual y naturalmente con un alma interesada. No preguntar en seguida ¿Es usted cristiano? ¿Asiste a la iglesia? Con algo así le endureceríamos aún más, y le haríamos tomar rencor hacia la Iglesia Luterana.

La Biblia nos da ejemplos de cómo simples laicos hacían misión. Andrés dijo a su hermano: "Hemos encontrado al Mesías". Y Felipe a Natanael: "Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas; a Jesús, el hijo de José, de Nazaret". Más tarde Jesús llamó a estos dos para que fuesen sus discípulos, pero en el momento de pronunciar estas palabras, sólo eran simples laicos. Tampoco tenemos motivos para creer que Felipe y Andrés tenían dones especiales. Ellos tenían en su corazón el deseo de traer a otros a Cristo, y para ese fin utilizaban los dones que Dios les dio. Este mensaje de regocijo lo anunció Andrés en simples palabras, no con rebuscados

giros idiomáticos y palabras altisonantes; no con un largo y aprendido discurso, sino, con una corta oración: "Hemos hallado al Mesías". Y difícilmente sabían algo más del Señor. Pues apenas un día antes habían estado con Cristo. Por eso, Dios no pide de nosotros más, sólo eso, que digamos de Cristo Jesús lo que sabemos, como Andrés y Felipe. Y eguramente cada cristiano debe saber algo de aquel a quien llama su Señor y Salvador.

En Jerusalén, Cristo devolvió la vista a un hombre que era ciego de nacimiento. Los fariseos interrogaron al que había sido sanado acerca de quién lo sanó, y afirmaron que debía ser un pecador, porque lo había hecho en un día de reposo; a esto, el que había sido sanado contestó: "Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo". Este hombre no sabía mucho de Cristo. No estaba en condiciones de argumentar y discutir con los fariseos, pero algo sabía, y era que el Señor Jesús lo había sanado. Y por eso debía ser Dios. De ese convencimiento no lo podían separar ni todos los fariseos juntos. Cristo espera un testimonio así, sencillo, de los laicos. Que nadie se excuse con que no tiene dones y que no sabe cómo trabajar. Como aquel hombre sanado, sencillamente decirles a nuestros amigos y conocidos qué ha hecho Cristo por nosotros, cuánto significado tiene en nuestra vida. Hablarles a los pecadores de nuestra experiencia personal con el Salvador.

La sierva de Naamán, el capitán del ejército del rey sirio, es un excelente ejemplo de cómo el cristiano puede anunciar el evangelio de Cristo. Esta sierva difícilmente habrá sabido leer o escribir, pero ella hizo más que cualquier misionero que trabajó entre los paganos muchos años. Ella fue la causa de la conversión de Naamán, aquel hombre grande a los ojos del pueblo y del rey sirio. Y aunque las Sagradas Escrituras no lo mencionen, podemos estar seguros de que muchos otros llegaron mediante Naamán, al conocimiento del verdadero Dios de Israel. Y todo esto sucedió por la mediación de una sierva incapacitada y tal vez analfabeta. La historia de esta ejemplar misionera es esta:

Naamán era leproso. Anduvo por todas partes por los médicos. Probó de todo lo que le recetaron. Nada le ayudó. El cuerpo empezó a descomponerse desde los huesos. La esperanza de vida rápidamente se iba esfumando. Finalmente la doncella hebrea se anima a hablarle a su ama: "Si rogase mi señor al profeta que está en Samaria, él lo sanará de su lepra". Lo que sigue lo sabe cada cristiano. Aquí nos interesa más esto: cómo esa doncella hacía misión. Su testimonio era sencillo. Ella anunciaba a su profeta Eliseo.

Los cristianos no pueden hacer misión de una manera mejor que cuando avisan a su predicador. Y a la inversa: nadie le hace tanto daño a los luteranos, a su iglesia y al Reino de Dios en general, como aquel feligrés que frente al mundo exterior critica a su predicador y encuentra en él toda clase de defectos y agranda sus faltas. ¿Cómo podemos esperar que gente de afuera se unan a nuestra iglesia, cuando sólo oyen cosas malas del pastor? ¿Cómo podemos esperar que el pecador perdido reciba a Cristo Jesús y se haga cristiano, si los propios cristianos ayudan a crear un prejuicio en contra de los servidores de Dios? ¿Cómo pueden plegarse a nosotros nuestros vecinos, si oyen que siempre hay malestar en nuestra congregación? Quiero citar un párrafo de un artículo que apareció cierta vez en una de las revistas de nuestra iglesia: "Cuando en la iglesia hay una corriente secreta en contra del pastor y no es frenada a tiempo, esto dañará no sólo su buen nombre, sino que arruinará también a la congregación. No sólo que esto hará daño a vuestro pastor, sino que los despojará también de esa bendición que viene de su ministerio. No hay un medio más eficaz y más seguro para arruinar la utilidad del predicador que cuando comienzan contra su persona corrientes secretas de este tipo. Y no existe tampoco mejor manera de frenar el crecimiento de la congregación; porque una corriente secreta de ese tipo en contra del pastor, tiene filo para ambos lados; y es tan dañosa para la iglesia, como lo es para el pastor".

Aceptemos o supongamos que ese pastor no tiene muchas buenas cualidades que merezcan destacarse. Pero pre-

dica la Palabra de Dios pura. ¿Acaso no es suficiente esto? ¿Qué le habría aprovechado a Naamán si su criada le hubiese anunciado las grandes cualidades y virtudes del profeta Eliseo? Naamán necesitaba una ayuda directa. La cosa principal era si Eliseo podía curar a su señor. ¿Si en ese predicador no hubiera otra cosa buena aparte que puede mostrar el verdadero camino al cielo, ¿no sería éste acaso un buen motivo para que le expresemos nuestro reconocimiento? Hablar mal y calumniar al pastor frente al mundo es un gran pecado que suscita la ira de Dios, porque Dios dice: "No toquéis... a mis ungidos, ni hagáis mal a mis profetas". Sin embargo, aquí lo peor de todo es que tales cristianos que hablan mal de su padre espiritual, le hacen mucho daño al reino de Dios. Por eso, amados míos, si amamos a nuestro Señor Jesucristo, su santa iglesia y nuestra fe luterana, apoyemos a nuestros predicadores, porque esta es una de las mejores maneras de hacer un trabajo misional personal. Si tenemos algo en contra del pastor, por el bien de la misión cristiana no hablemos mal de él delante del mundo, sino guardémoslo en nosotros.

Otra manera cómo cada cristiano puede hacer misión, es la que frecuentemente usaba el mismo Señor Jesucristo: "Venid y ved". Venid a ver dónde vivo, vengan a convenirse por vosotros mismos de que Yo soy ese Mesías prometido a quien esperan, y de quien profetizaron vuestros profetas. Vengan del fango del pecado, del mundo, de las tinieblas, de la miseria, de la perdición, hacia Mí, hacia la Luz del mundo, al perdón, a la paz, y a la salvación. Y ellos fueron y permanecieron con Él, no sólo un día, sino para siempre. Con una invitación personal así, el Señor Jesucristo ganó a muchos de sus discípulos.

Esta es una de las maneras más fáciles de traer almas a Cristo Jesús. Cada cristiano debe invitar a sus amigos, vecinos y conocidos a nuestros cultos divinos. Que se convenzan. Más de un pecador fue salvado mediante una simple invitación a un culto divino. Aquí no hace falta ninguna explicación. Muchos cristianos, cuando tienen visitas extrañas en su casa, no asisten al culto divino. Esto no es bueno.

¿Y quién dice que con el simple hecho de traerlos a un culto divino, no salvarán el alma del amigo? La Palabra de Dios es poderosa para salvación de cada uno que cree. Muchos, que por curiosidad iban a ver a Cristo Jesús, fueron salvados. Aún hoy día, el Señor Jesús obra milagros de este tipo en los pecadores. Por eso, estimados amigos, atraigamos de diferentes maneras a los hombres a Cristo Jesús.

Consideremos como un gran privilegio y como un alto honor el hecho de que el Señor de cielo y tierra nos haya hecho herederos del reino de los cielos y que podamos traer a otros hacia Él. No hay un honor más grande en el mundo que este: que el Señor nos ha llamado para ser Sus obreros. Una labor más grande no hay en esta tierra como esta a la cual nos ha llamado el Señor. No la hagamos por obligación, sino con alegría. Que Jesucristo solo santifique nuestras vidas y encienda nuestro corazón, para que seamos fieles obreros en Su viña, para que no malgastemos el preciado tiempo, sino trabajemos: "mientras es de día. Porque la noche viene, cuando ya nadie puede trabajar".

Y "bienaventurados aquellos siervos a los cuales su Señor, cuando venga, halle velando; de cierto os digo que se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa, y vendrá a servirles".

José Fernando Mikulas, pastor

Nota: Este trabajo ha sido traducido y adaptado del idioma eslovaco, y fue hecho en el original por el Rev. Juan Kovác. Presentado en la conferencia Pastoral celebrada en Leandro N. Alem, Misiones, del 13-16 / 1978.

(Pcia. Roque Saenz Peña, Chaco - 7 de Julio de 1978)

¿Sabía Ud. que en China todos los cultos cristianos se realizan en casas privadas? Aunque el número de creyentes se reduce siempre más, se cree, sin embargo, que en esta forma sin ritual y sin clérigos el cristianismo en China podrá sobrevivir.